

# Los comienzos

JAVIER ZARZALEJOS

La prudencia y serenidad que el nuevo Gobierno ha desplegado en el relevo, el respeto a las formas, el reconocimiento del adversario, le acreditan ya con un primer logro que merece ser valorado

**M**ientras el tiempo empieza a elaborar ese juicio sobre Rodríguez Zapatero en el que él y sus compañeros confían para rehabilitar una gestión con tan mediocres resultados, la crisis del PSOE, por un lado, y la diferencia que marca la solvencia ampliamente reconocida al Gobierno de Mariano Rajoy, han desplazado la etapa socialista a una lejanía ya casi invisible en cuestión de días.

Para que este efecto se haya producido han contado varios factores. Uno, esencial sin duda, es que se trata de una herencia nada deseada que a lo ya conocido añade la vuelta de la economía española a un periodo recesivo, el aumento del paro y la superación del déficit comprometido, lo que obliga a nuevos ajustes. Nada, por tanto, merecedor de perdurar en el recuerdo aunque no por ello ese legado deje de constituir la realidad inicial a la que han de hacer frente los nuevos responsables políticos. Pero, además de que la herencia socialista no ofrezca excesivos motivos para ser recordada, la inanidad de la construcción política del 'zapaterismo' ha quedado más en evidencia aun después de un tránsito al Gobierno del PP que ha permitido a los ciudadanos volver a apreciar lo que la democracia tiene de alternancia pacífica y ordenada.

No hace falta un gran esfuerzo de memoria para acordarse de que la etapa de Gobierno socialista se abrió con una comisión de investigación contra el Ejecutivo anterior sobre el peor atentado terrorista sufrido por nuestro país. El Gobierno, nuevo entonces, se deleitó provocando una crisis internacional al decidir la retirada de las tropas españolas de Iraq del modo en el que lo hizo, e instar a los demás a hacer lo mismo. La propuesta «vuelta al corazón de Europa» sirvió para justificar la renuncia a buena parte del peso adquirido en la Unión ampliada para dar satisfacción gratuita al precario eje Chirac-Schroeder. La cúpula militar fue cesada en bloque y de manera fulminante, y el nuevo Gobierno, a pesar de quedar lejos de la mayoría absoluta, exhibió su poder derogando, sin más, leyes del precedente Gobierno del PP que ni siquiera habían llegado a entrar en vigor. Se cambió unilateralmente la ley orgánica del Consejo General del Poder Judicial para alterar el régimen de mayorías y se trasladó a la Administración una politización de la función pública sin miramiento alguno hacia la profesionalidad de muchos servidores del Estado. Y todo eso para un Gobierno que ya llevaba puesto el «apoyaré lo que salga del Parlamento de Cataluña».

Lo peor es que, manteniendo abierta la profunda herida que causó el 11-M, este espasmo inicial de aquel Gobierno no fue ninguna enfermedad infantil sino que marcó lo que serían los años poste-

riores en el sentido bien conocido de quiebra de los consensos y polarización, dentro de un arbitrario revisionismo de la Transición y de un impulso excluyente de la oposición para empujarla a los márgenes del terreno de juego democrático.

¿Para qué? Lo cierto es que la ruptura con Estados Unidos, en una forma impropia entre aliados, quedó grabada en la memoria institucional de este país y la visita de Obama, siempre deseada, siempre frustrada, fue la última pasión inútil de Zapatero. En Europa lo que más llama la atención de la presencia de España es el volumen de su vacío. Aquellas pulsiones, entre adanistas y sectarias, iniciaron un proceso de deterioro institucional del que se resiente el funcionamiento del sistema democrático.

Si se leen los acuerdos del Consejo de Ministros, queda claro que el nuevo Gobierno desde el primer momento ya sabe a lo que se enfrenta. Tiene ante sí un futuro algo más que complicado. Pero la prudencia y la serenidad que ha desplegado en el relevo, el respeto a las formas, el reconoci-

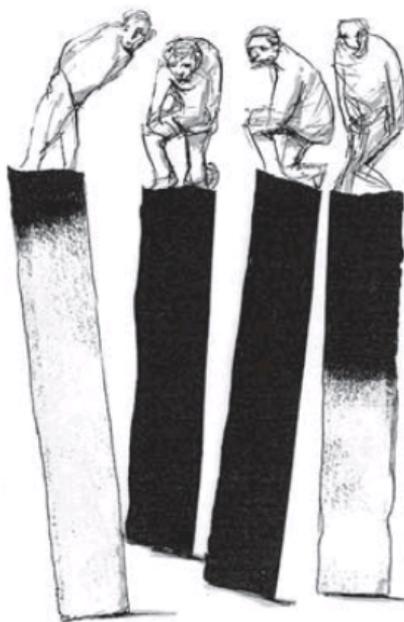
miento del adversario y la proyección de su esfuerzo en las tareas de futuro y no en el ajuste de cuentas con el pasado, le acreditan ya con un primer logro que merece ser valorado.

Los comienzos son importantes. Lo fueron en el caso de Zapatero y lo son en el caso de Rajoy. Y este comienzo no es sólo una muestra de buenas maneras sino el reflejo de actitudes que deben integrarse en la cultura política de un país, una de cuyas pruebas definitivas es cómo se produce la alternancia en el poder. No es educación, es democracia.

Estas actitudes anticipan el interés del Gobierno por conciliar dos exigencias políticas: una, la del diálogo y la búsqueda de acuerdos am-

plios y, otra, la de responder a la confianza que ha logrado de los ciudadanos con una utilización eficaz de su amplia mayoría sin depender de otros.

Esta actitud inicial del Gobierno debería ser correspondida por la oposición, al menos, en el tiempo que le dejen al Partido Socialista sus deliberaciones internas. Algo más de imaginación para ir más allá de la crítica al Gobierno por su supuesto 'programa oculto', sobre todo porque, para ocultar, los dos puntos porcentuales de aumento de déficit público que se ha encontrado Rajoy. Y algo menos de arrogancia como la que muestran los que exigen que el Partido Popular se someta al paradigma ideológico que la izquierda quiere imponer más allá de su supervivencia. Esos que como política del pensamiento se escandalizan cuando la ministra de Sanidad hable de «violencia en el entorno familiar» porque lo ven como un inaceptable desafío a la hegemonía cultural que la izquierda reclama para sí, precisamente cuando gobiernan otros.



:: JOSE IBARROLA